

ga á la vez al gobierno y á los filósofos, el antiguo régimen y la Revolución.

IV

Cuando el hombre es miserable se agría, pero cuando es á la vez propietario y miserable se agría más. Pudo resignarse á la indigencia, pero no á la expoliación; y tal era la situación del labrador en 1789: porque durante todo el siglo XVIII había adquirido tierras. ¿Cómo lo hizo en medio de tanta penuria? Apenas es creíble aún cuando cierto; no puede explicarse sino por el carácter del labrador francés, por su sobriedad, su tenacidad, su dureza para consigo mismo, su disimulo, su pasión hereditaria por la propiedad y por la tierra. Había vivido de privaciones, economizado sueldo á sueldo. Cada año algunas monedas de plata iban á juntarse con el pequeño montón de escudos enterrado en el rincón más recóndito de su bodega. Ciertamente, el labrador de Rousseau que escondía su pan y su vino en un sitio, tenía un escondrijo más seguro aún; un poco de dinero en una media de lana ó en un jarro, escapa mejor que lo demás á las investigaciones de los comisionados. Haraposo, descalzo, sin comer más que pan negro, pero incubando en su corazón el pequeño tesoro en que funda tantas esperanzas, esperaba la ocasión, y la ocasión no faltaba. «A pesar de todos sus privilegios, escribe un gentil-hombre en 1755, como puede leerse en de Tocqueville, 117, la nobleza se arruina y se empobrece cada día; el Tercer estado se apodera de las fortunas.» Muchos dominios, por venta forzosa ó voluntaria, pasan así á manos de los banqueros, de la gente de pluma, de los negociantes, de los burgueses acomodados. Pero es seguro que antes de experimentar la desposesión total, el señor empeñado se ha resignado á las enagenaciones parciales. El labrador que ha untado la mano del administrador, se encuentra allí con su gato. «Mala tierra, mi señor, y que os cuesta más de lo que os produce.» Se trata de un retazo aislado, de la extremidad de un campo ó de un prado, á veces de una alquería cuyo arrendatario no paga ya; mas generalmente de una granja cuyos colonos menesterosos y perezosos ha de llevarlos á costas el amo. Este puede creer que la parcela vendida no es perdida para él, puesto que un día, por derecho de retroventa, podrá volver á adquirirla, y mientras tanto percibirá un censo, canones y provecho de los lotes y ventas. Por otra parte, en su casa y á su alrededor hay grandes espacios vacíos que la decadencia del cultivo y la despoblación

han dejado desiertos. Para que vuelvan á tener valor precisa transmitir su propiedad; no hay otro medio de volver á sujetar el hombre al terruño. Y el gobierno coadyuva á la operación; no percibiendo ya nada del suelo abandonado, consiente en retirar provisionalmente su mano hartado pesada. Por el edicto de 1766, una tierra desmontada queda libre por quince años de la contribución de explotación y por ahí, en 28 provincias se desmontan 400.000 fanegas francesas en tres años, como puede verse en las *Actas de la Asamblea provincial de la Normandía baja*, p. 205 (1787).

Hé ahí como, gradualmente, el dominio señorial se desmenuza y aminora. Al fin, en muchos puntos, salvo el castillo y la pequeña alquería contigua que produce dos ó tres mil francos anuales, el señor ya no tiene más que sus derechos feudales; el resto del suelo es del labrador. Ya en 1750, Forbonnais nota que muchos nobles y ennoblecidos «reducidos á una extremada pobreza con títulos de propiedad inmensa» vendieron al pequeño labrador á bajo precio, muchas veces, por el importe de la contribución. Hacia 1760 se dice que una cuarta parte del suelo había pasado ya á manos de los trabajadores agrícolas. En 1772, á propósito de la vigésima que se percibe sobre la renta líquida de los inmuebles, el intendente de Caen, habiendo hecho la lista de las cuotas, cree que de 150.000 «quizá hay 50.000 cuyo importe no excede de cinco sueldos, y quizá otras tantas que no pasan de 20 sueldos» (1). Observadores contemporáneos prueban esta pasión del labrador por la propiedad territorial. «Todas las economías de la clase baja que en otras partes se colocan

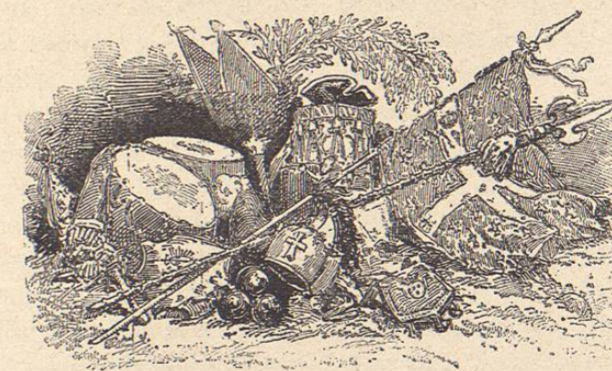
(1) *Archivos nacionales*, H. 1463 (Carta de M. de Fonttete del 16 Noviembre 1772). Cf. Cochut *Revista de Ambos-Mundos*, Setiembre 1848. La venta de los bienes nacionales no parece que haya aumentado de una manera perceptible el número de las propiedades pequeñas ni disminuido el de las grandes; lo que desarrolló la Revolución fué la propiedad mediana. En 1848 se cuentan 183 000 propiedades grandes (pagando 23.000 familias 500 francos de contribución ó más, y poseyendo 260 hectáreas por término medio, 150.000 familias que pagan de 250 á 500 francos de contribución y poseen 75 hectáreas por término medio). Estas 183.000 familias poseen 18 millones de hectáreas. Además, 700.000 propiedades medianas (que pagan de 50 á 250 francos de impuesto) y comprenden 15 millones de hectáreas. En fin, 3.900.000 propiedades pequeñas que comprenden 15 millones de hectáreas (pagando 900.000 de 25 á 50 francos de impuesto, término medio 5 hectáreas y media, 3 millones pagando menos de 25 francos y ocupando, por término medio, 3 hectáreas y media). Según las matrículas parciales de M. de Tocqueville, el número de propietarios territoriales ha crecido, por término medio, de 5 dozavas partes; iutego la población ha aumentado al mismo tiempo en 5 treceavas partes de 26 á 36 millones.)

en casas particulares y en la deuda pública, se des-tinan en Francia á comprar tierras.» Así, el número de las propiedades rurales pequeñas ha aumentado siempre. Necker dice que de ellas hay «una inmensidad.» Arturo Young, en 1789, se sorprende de su prodigiosa multitud y «se inclina á creer que forman la tercera parte del reino.» Esta sería ya nuestra cifra actual, y también con corta diferencia se encuentra la cifra actual, si se mira el número de propietarios comparado con el de habitantes.

Pero al adquirir el suelo, el pequeño labrador toma para sí sus cargas. Mientras era simple jornalero y no tenía más que sus brazos el impuesto no le alcanzaba sino á medias, «donde no hay nada, el rey pierde sus derechos.» Ahora, por más que sea pobre y diga que lo es más aún, el fisco tiene por donde cogerle en toda la extensión de su nueva propiedad. Los recaudadores, labradores como él y celosos en calidad de vecinos, saben lo que su hacienda al aire libre le ha dado; por esta razón se le toma todo cuanto se le puede tomar. En vano trabajó con nuevo ahinco; sus manos quedan vacías del mismo modo, y al cabo del año averigua que su campo

nada ha producido para él. Cuanto más adquiere y produce más pesadas se hacen sus cargas. En 1715, la contribución y la capitación que paga él solo, ó casi solo, eran de 66 millones; en 1759 son de 93 millones, y de 110 en 1789 (1). En 1557 el impuesto es de 283.156.000 libras; en 1789, de 476.294.000. Indudablemente en teoría, por humanidad y buen sentido se le quiere aliviar, se tiene piedad de él. Pero en la práctica, por necesidad y por rutina, se le trata según el precepto del cardenal de Richelieu, como una bestia de carga á la que se mide la avena por miedo de que sea sobrado fuerte y cocee «como un mulo que, acostumbrado á la carga, más se echa á perder con un prolongado descanso que con el trabajo.»

(1) *Cuenta general de las rentas y gastos fijos en 1.º de Mayo de 1789* (imprensa real, 1789). De Luyne, XVI, 49. Roux y Buchez, I, 206, 374. (Aquí sólo se trata de las comarcas de elección; pero en las de Estados el aumento no es menor.) *Archivos nacionales*. H. 1610 (parroquia de Bourget, en Anjou). Extracto de los documentos de la contribución correspondiente á tres granjas de M. de Ruillè. Impuestos en 1762, 334 libras 3 sueldos; en 1783, 372 libras 15 sueldos.



Trofeo militar del siglo XVIII